

Miseria pública*

Por todas partes se oyen lamentaciones, por doquiera se escuchan tristes reflexiones sobre la falta de recursos, sobre la dificultad de proporcionarse los elementos más indispensables de la vida social y aun de la vida física. Los propietarios tienen valores, pero carecen de numerario, los trabajadores no hallan ocupación y si la encuentran, el salario no corresponde al trabajo, o el trabajo queda sin retribución.

Las fábricas se cierran o disminuyen el número de sus obreros. Los talleres están paralizados. El comercio no tiene consumidores. La industria expira. Todo languidece, todo está triste, como la víspera de un gran siniestro, como el día siguiente de una catástrofe.

Se dice que el dinero que circula es solamente el que se paga a la lista civil y se cree que en esta ciudad de cerca de 300 mil habitantes no tienen asegurada la subsistencia sino los que se sientan a la mesa del presupuesto.

Todo esto será exagerado: será falso, pero el hecho del malestar general es enteramente cierto y en vano se pretendería disimular una situación que se revela sola por sí misma, y a pesar de todos los esfuerzos que se hagan por ocultarla.

* Hilarión Frías y Soto [*Belitre*], "Miseria pública", *La Orquesta*, t. IV, núm. 20 (3 de septiembre de 1868): 1-2.

¿Cuál es el origen de esta situación? ¿Cuáles serán sus efectos más inmediatos? ¿Cuál será el remedio? ¿Quién es el responsable de tanto mal?

Tales son las cuestiones que se agitan por todas partes: las preguntas que se hace todo el mundo y las ideas que preocupan todos los ánimos.

Nosotros, tal vez los menos orientados en la cuestión, los más preocupados con ella, somos acaso los menos a propósito para dilucidarla.

Hubo un tiempo en que luchando contra los elementos más poderosos, en que vagando de pueblo en pueblo, de montaña en montaña y de llanura en llanura, contemplábamos con tristeza, es verdad, pero llenos de fe en el porvenir, la crisis terrible por que atravesaba la república.

Invadida por un ejército extranjero, tan numeroso como disciplinado, que la encontraba dividida por los bandos políticos; trabajada por medio siglo de revueltas intestinas, sin erario, y sin más elemento que su patriotismo purísimo y ardiente; las principales poblaciones se hallaban ocupadas por el enemigo: una parte de la fuerza armada se le había unido y, fuera de las fuerzas a que pertenecíamos nosotros mismos, en vano veíamos por todas partes, buscando algún punto en la vasta extensión de nuestro territorio, en que hubiera una esperanza para la independencia nacional. Sólo allá lejos, muy lejos, en la orilla del país, encontrábamos la figura digna y respetabilísima del primer magistrado de la

república, rodeado de algunos patriotas en muy reducido número.

¿Cuándo iba a cambiarse esa situación de hondísimas penas, de tan grandes angustias para México? No lo sabemos, pero estábamos seguros de que concluiría todo aquello y de que un día, triunfante el partido nacional, elevado el pabellón tricolor a la altura en que lo colocaran nuestros héroes, el país marcharía por una ancha senda de prosperidad y de bienestar.

Nuestra fe se realizó en lo principal. El ejército francés se retiró de nuestro país lleno de vergüenza y como a excusas; y los sucesos de Querétaro y de México derrocaron a los hombres de la traición, batiéndolos en sus últimos atrincheramientos.

Cuando nos vimos en México, cuando comparábamos el día de triunfo con el de la lucha, nos parecía sonreír el porvenir; creíamos en el progreso inmediato y sin tregua de nuestro país.

Al escuchar hoy por todas partes esos lamentos de que hablábamos antes, al oír esos quejidos de todos; cuando se lamenta el propietario de las contribuciones que paga, el artesano de los gravámenes con que lucha, el rico de lo que deja de ganar y el pobre de lo que pierde, casi no queremos creer que todo esto sea cierto, que no sea sólo un arma de partido, un modo como otro de hacer la oposición al Ministerio o al sistema, a las cosas o a los hombres del poder.

Y sin embargo, no podemos menos nosotros, como todos los demás y a pesar de nuestras dudas, de palpar ese malestar de que todos se lamentan, de ver esos males que causan tanto temor.

¿Cuál es el origen de tanto mal? Pretenden unos que el numerario desapareció de México con el ejército francés. Que cada jefe, cada empleado superior, se llevó una gruesa suma de dinero. Que cada oficial se llevó otra suma y cada soldado un poco de dinero. Y entre todos, un caudal.

Creen otros que la inseguridad de los caminos, la abundancia de malhechores y los malos hábitos contraídos en una larga época de trastornos y de revueltas, paralizan el comercio, la industria y las artes.

Ven otros el origen del mal en la frecuencia de las exportaciones de dinero en las conductas. En que en éstas sale para el extranjero no sólo el dinero de los extraños que vienen a dejarnos en cambio sus mercancías, sino con el de los propios hijos de este suelo, que lo envían a los bancos europeos por temor de que en México se pierda y que a veces hasta lo emplean en proteger las grandes empresas de otras naciones, como los telégrafos de Bélgica y los ferrocarriles de Francia.

Piensan otros que el anatema que pesa sobre los servidores del llamado imperio divide en dos grandes fracciones a la masa total de la nación y coloca a una de ellas

en una situación especial y de retraimiento, por lo menos, que paraliza la acción y la vida de la sociedad.

Así es que unos opinan por la emisión del “papel moneda”, que sustituya al dinero que ha salido de aquí en proporciones extraordinarias. Otros creen que la sobre vigilancia de las vías de comunicación y la represión enérgica de los delitos, restablecerá la calma en los espíritus y la circulación en el comercio.

Quieren algunos que se ahorre hasta donde se pueda la salida de las conductas, y que conciliado hasta donde sea posible las medidas convenientes con el respeto a la propiedad, se debe prohibir que el que aquí gana con facilidad el dinero, no lo vaya a gastar a otra parte; o mejor dicho, no lo mande a otra parte.

Piden otros una ley amplia de amnistía y de perdón, y otros quisieran un conjunto de medidas que pusiera término a tanto mal.

Nosotros nos limitamos, por *ahora*, a desear que la administración se ocupe sin descanso y con asiduidad y energía de la solución del problema. Que estudie las causas del mal, los medios más a propósito de conjurarlo; que trabaje sin tregua y se ocupe sin cesar de la cuestión, y que tentado los caminos y como vadeando un río caudaloso, procure hallar esa solución que satisfaga las aspiraciones universales de bienestar.

Es necesario que los mandatarios del pueblo tengan presente que gobernar es hacer el bien; que, como decía Luis XIV: el gobierno es el que puede proporcionar a los pobres un pollo que poner en el “puchero” los domingos.

Para todo esto pueden contribuir, y deben hacerlo, la prensa con sus luces, el Congreso con sus facultades y el Ejecutivo, a la representación nacional con un ministerio en que haya unidad de pensamiento, energía de acción, o inspiración patriótica.

Hilarión Frías